QUINTO DOLOR

María al pie de la Cruz.

Mulier, ecce filius tuus. Deinde dixit discipulo: ecce mater tua.
Mujer, ve ahí á tu hijo. Después dijo al discípulo: ve ahí á tu Madre.
(San Juan, XIX, 26 y 27.)

De los gemidos de tu madre no te olvides, dice aquel libro de la Sagrada Escritura que de santos consejos está lleno: *Acuérdate que no hubieras nacido sino por ellos* (1). Palabras son éstas de honda meditación y que despiertan en las almas de los buenos hijos profundos sentimientos de gratitud. Entre ayes, como de agonía, fuimos traídos al mundo, y estos gritos de la angustia maternal han de sonar siempre en nuestros oídos, para tornarlos en santas caricias á nuestras madres.

¡Madre!, palabra formada de lágrimas y besos; de besos del cielo y de lágrimas de la tierra. Por eso encierra el poder que detiene el vuelo de los ángeles y la ternura que estremece el corazón de los hombres. ¡Madre, beso y

(1) Eccli., VII, 29.

saludo de las almas al llamar á las puertas de este mundo! ¡Madre, llanto de los hijos, al abrir los ojos á la luz del día! ¡Ay del mortal que en la hora del gozo no traiga este santo nombre á la memoria! ¡Ay de los hijos que en horas desesperadas, no lo sientan surgir del fondo de su alma! ¡Ay de los hombres que en los días de la abundancia dan al olvido las lágrimas de su madre! ¡Ay del mundo entero, si borra de su memoria los dolores de su madre celestial, María Inmaculada!

Porque también nosotros, en punto á la gracia, abrimos los ojos á la luz del cielo en medio de las angustias de una madre benditísima. Nacidos fuimos para el bien, entre los acerbísimos dolores de su corazón, y cada una de las almas redimidas costó á María un tormento y un arroyo de sangre á su Hijo, el divino Redentor, sangre purísima de sus entrañas. Libres fuimos de la muerte del pecado original por las penas de María, que nos dió vida de gracia sufriendo, y que en cada uno de los sufrimientos con que nos revivió para el cielo, ejemplo heroico nos dió de fortaleza, de paciencia y de mansedumbre. De manera, que al traer nosotros á la memoria *los gemidos de nuestra divina Madre,* lo hemos de hacer como hijos agradecidos para sentir y como discípulos estudiosos para aprender. Como hijos de noble madre, para llorar con ella el enjambre de penas que la circuye; y como discípulos aprovechados, para estudiar en sus penas la manera sublime de sentir y para de ahí sacar valor y esfuerzo con que batallar en las guerras de este mundo; de suerte, que *en todas nuestras calamidades, respiremos por los dolores de María.*

Y como es verdad que el que no siente con María, en contra de María siente, hemos de poner todo nuestro cuidado en llorar siempre con Ella, y hemos de imponer precepto á nuestro corazón y á nuestros ojos, para que no sufran ni lloren, sino por María y con María, porque en verdad, os digo, que esta manera de llanto y de sufrimiento será el que mejor cuadre á nuestras almas y el que lleve más alivio y refrigerio á nuestras penas. Los pecados, pues, que aunque tienen sombra de deleite son lágrimas amarguísimas engendradas entre dolores y vertidas con dolor, llanto ha de ser que, como no se vierte por María, hemos de desterrar de nuestros ojos. Lloremos, sí, con nuestra Madre divina las ofensas que á Dios se le infieren con los pecados; lloremos sí, como buenos hijos, los dolores que María sufrió y sufre, con nuestros propios delitos; y hoy, que venimos á contemplarla en aquel supremo dolor por el cual, especialmente, fuimos hechos sus hijos, meditemos las divinas enseñanzas que nos da para consuelo de su aflicción y para bien de nuestras almas.

Somos hijos de María por el dolor, *Mulier ecce filius tuus.* Mujer ve ahí á tu hijo; y debemos corresponder á su heroísmo, siéndole agradecidos. Después dijo al discípulo: ve ahí tu Madre. *Deinde dixit discipulo: ecce Mater tua.*

He propuesto:

Señor, Dios de las misericordias, que estás en la Hostia consagrada como en un trono de amor, adorado por las almas justas y como vuelto á crucificar por las ofensas y desacatos de los pecadores; no permitas que en tu presencia desdore yo, con torpe lengua, el inefable misterio de este acerbísimo dolor de tu Madre inmaculada. Escucha á mi alma, que falta de luz, te pide la ilumines con los rayos de tu gracia y muevas mi corazón con sentimientos de piedad, para que pueda hablar dignamente del quinto dolor de María. Escucha la plegaria de tus fieles que, para conseguirlo conmigo, la saludan como el ángel:

AVE, MARÍA.

I

Texto ut supra.

Somos hijos de María por el dolor.

Como Jesús amase á los suyos, que estaban en el mundo, hasta el fin los amó. *Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos* (1). Con estas palabras encarece San Juan el amor de Jesucristo á los hombres, al comenzar el relato de las maravillas llevadas á cabo en aquella sublime noche en que el Hijo del Eterno determinó quedarse con nosotros en la tierra hasta el fin de los siglos.

Aquel divino corazón en que ardía el fuego del sacrificio por la Redención del género humano, con tales extremos nos amó, que en la víspera de aquel solemne día en que, derramando su sangre, iba á sanar de sus miserias á la caída humanidad, quiso antes dejarnos en la institución del Santísimo Sacramento un perenne manantial de dicha y de bienes donde viniéramos á cobrar fortaleza los convalecientes y á inebriarse en las dulzuras de los cielos las almas que corren por los caminos de la justicia.

Extremo fué de amor que el médico que hiciera medicina con la sangre de sus venas para nuestras llagas, quisiera quedarse con nosotros durante la luenga vida de todas las generaciones, para aplicar remedio tan virtuoso cada vez que los hombres se vieran acometidos de

(1) Joan., XIII, 1.

su añeja é insensata dolencia. Pero es también exceso de inmenso amor que este mismo Señor, que con su muerte nos da vida, quiera hacernos hijos de aquella divina mujer que lo concibió en su seno, que fué parte á formar el ritmo de las palpitaciones de su corazón, que hizo de sus brazos guardias fieles y cariñosos en los días aciagos de su infancia, que lo alimentó, ya con la sangre de sus venas, ya con el generoso ahorro de su abstinencia, que tuvo besos para enjugar sus lágrimas, arrullo para sus sueños, humildad ante las manifestaciones de su gloria y confortantes miradas que reanimaran sus fuerzas enflaquecidas bajo el peso de la Cruz en la tristísima calle de la Amargura.

Quid ultra debui facere tibi, et non feci (1)? ¿Qué otra cosa, ¡oh hombre!, debí hacer por ti y no lo hice?, dice Jesús. Yo te puse en la tierra para que fueras el rey del mundo, y tú, por no prestarme humilde homenaje, rompiste tu cetro real en los jardines del Paraíso y te hiciste miserable esclavo de todo lo que yo sujeté á las leyes de tu voluntad. Yo ahora he vuelto á colocar el cetro en tus manos, haciéndome hombre y dando la vida en esta Cruz por ti; y para que á mí te llegues con más confianza á pedirme, cuando estés menesteroso, te hago mi hermano, dándote por Madre á la mujer que me llevó en su seno. Sé su hijo agradecido, para que yo no te declare desnaturalizado y te dé parte en la herencia de mi reino.

Pero no adelantemos ideas, y veamos cómo fuimos hijos de María por el dolor.

Jesús va á morir; y la naturaleza, que llora la muerte de su Hacedor, parece como que le vuelve el rostro en lo último de la agonía, por no presenciar tamaña desventura. El sol apaga su luz como la lámpara que, descuidada, se va extinguiendo en la temerosa estancia de un mori-

(1 Isai., V, 4.

bundo. Las tinieblas se extienden sobre la haz de la tierra, pesadas y horripilantes, como aquel enjambre de negras penas y poderosos cuidados, que van posesionándose de la voluntad de los que sobreviven al que entrega su ánima en manos del Criador. Los muertos empujan las losas de sus sepulcros y se preparan á salir por las calles de Jerusalén, como aquel escuadrón de miedos y temores que la imaginación atavía con vestidos de muerte y que pasan y cruzan por delante de nuestros cerrados ojos, que en vano pretenden entregarse al sueño. Los vientos rujen con ronco y potente son, como los hondos gritos en que estallan las muchedumbres indignadas por la muerte alevosa de un inocente. Y el pueblo deicida corre de acá para acullá, blasfemo y furibundo, como el asesino que pretende abrirse paso con amenazas para huir de la severa justicia.

Sólo María y el discípulo amado, acompañados de tres piadosas mujeres, están al pie de la Cruz, sin que la muerte vecina los espante, sin que la ira de los judíos les ponga miedo, sin que el quebranto de la naturaleza los aparte del lugar donde el amor de Jesús los llama. Todo se ha conjurado contra el Hijo del hombre, menos aquellos dos seres en los que parece ha venido á refugiarse el valor, como á su propia casa.

Jesús mira á su Madre, y un dulce pensamiento agita su corazón y una ternísima palabra conmueve sus labios. ¡Oh, qué pensamiento y qué palabra! Los que en los vaivenes de la vida os habéis encontrado alguna vez en trance de muerte, con las fuerzas flacas, la mirada errabunda, los oídos atentos á los dolorosos presagios que se hacían de vuestra existencia; decidme qué pensamiento ha estremecido entonces vuestro corazón y qué inefable nombre ha venido á endulzar vuestros labios. ¡Madre mía!, habéis dicho, si por ventura estaba á vuestro lado entre apenados y gozosos. ¡Madre mía!, habéis exclamado, si cerca de vosotros no se hallaba, cerrando los ojos

del cuerpo y viéndola aparecer con los del alma, con la serenidad de un justo y el heroísmo de un mártir.

Y aquel dulce nombre ha adormecido vuestros dolores, ha reanimado vuestras fuerzas y ha iluminado vuestro semblante con una sonrisa melancólica, como el rayo de sol escapado de entre las nubes pinta por un momento, con los sonrientes colores de la esperanza, la desolación de un naufragio. Pues bien; este hermoso pensamiento estremece el corazón de Jesús, sus labios lo van á pronunciar, y la dulzura, que de este nombre dimana, se extenderá por su cuerpo hasta amortiguar el dolor acerbísimo que en las manos y en los pies le están produciendo los clavos. Oidle; sus labios se entreabren para hablar: *Mulier, ecce filius tuus.* Mujer, ve ahí á tu hijo. ¡Ah, no ha dicho Madre! Jesús quiere los dolores y no quiere gustar en la Cruz ni una gota del cáliz de la dicha. La dicha la quiere para nosotros, á quienes en aquel supremo instante en el discípulo amado nos hace hijos de María. Jesús aparta la miel de sus labios y la destila sobre nuestra boca. ¡Oh!, es un padre que, muriéndose de sed, convida á sus sedientos hijos con el agua refrescante que le tornara la vida; es un herido que emplea el bálsamo, que ha menester para sus llagas, en curar las heridas de sus hermanos. Y como el corazón de María, según expresión de San Lorenzo Justiniano, era un clarísimo espejo de la Pasión de Cristo, *Clarissimum passionis Christi speculum effectum erat cor Virginis;* en el corazón de María se estaba reproduciendo, para martirio suyo, aquella guerra interior que ella veía retratada en el semblante de su Hijo.

María no duda un punto del amor de Jesús, y sufre, porque sabe cuán inmenso es su dolor, al llamarla en su agonía *Mujer*, en vez de *Madre*. Que este nombre dulcísimo para Jesús, pronunciado en hora tan lastimera, había de ser para María un sorbo más de hiel tomado del cáliz de la amargura. ¿Y cómo no, si al mirar María á Jesús en-

clavado en el madero, lívido el rostro y ensangrentado, feneciendo la luz en sus ojos, y hecho vilipendio de sus verdugos, siente que se le llega el alma á los labios y con ella un nombre santísimo mil veces pronunciado en Belén, en Sión, en Egipto y en Nazaret, y lo calla y lo ahoga entre suspiros como de agonía, por no encender más el dolor del que fué concebido en sus entrañas?

Calla Jesús el nombre de Madre por un exceso de amor, y María calla el de Hijo por no aumentarle su desdicha; pero allá dentro sus almas, fluctuando en un océano de dolor, están exclamando y repitiendo sin cesar: ¡Hijo mío! ¡Madre mía!

Mujer, dice Jesús en el colmo de su caridad, ve ahí á tu Hijo. Calla Jesús en la Cruz, cargado con nuestras culpas, el dulce nombre de Madre, y como allí nuestros pecados redime con su sangre, nos presenta á María en la persona de San Juan, ya redimidos y lavados de la mancha del delito, y le dice con solemne y misterioso acento: *Mulier, ecce filius tuus.* Mujer, ve ahí á tu hijo. Puso el Señor sobre mí las iniquidades de todos los hombres, y las iniquidades de todos las he llevado. *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum et iniquitates eorum ipse portavit* (1). Ve ahí á tu Hijo lavado con mi sangre. Ya desapareció de su frente la marca del esclavo; ya no es hijo de Satanás; ya dentro de su cuerpo su alma ha resucitado á la vida de la gracia; ya sus ojos se apartan de la tierra y se levantan al cielo para bendecirlo; *Mulier, ecce filius tuus.* Mujer, ve ahí á tu Hijo. Y la santa Virgen, encendiéndose en la divina caridad de su Hijo y sacrificando delante de la Cruz donde el Mesías muere, su amor de Madre por el bien de los hombres, recibe á San Juan y en él á todas las humanas criaturas por hijos suyos, cumpliendo la postrera voluntad del Redentor. ¡Oh buena Madre!, exclamaré yo ahora con San Agustín: *Vides crucifixum unigenitum tuum, mutas Filium magistrum in discipulum, regem in militem, dominum in servum, omnipotentem in deficientem. Revera viscera tua penetrat gladius.* Ves crucificado á tu Unigénito, cambias al Hijo maestro en el discípulo, al rey por el soldado, al Señor por el siervo, al Omnipotente por el menesteroso. En realidad de verdad, la espada del dolor penetra tus entrañas.

(1) Isai., LIII, 6.

Tú cambias, ¡oh santa Madre mía!, la sabiduría de Jesús, fuente de donde la beben los serafines en el cielo, inteligencia que concierta la admirable armonía, que reina entre todas las cosas del universo mundo, por la ruda torpeza de las criaturas, por la atrevida ignorancia, que todo lo niega, y por la necia soberbia, que presume que todo lo sabe. Tú cambias la sencilla majestad del rey por la hinchada arrogancia del soldado; el inmenso poderío del príncipe Hijo del Eterno por la flaqueza del guerrero bisoño, y el eterno valimiento y amparo del rey de la gloria por el menguado corazón, que se volverá contra ti pérfido y desleal. Tú cambias la apacible bondad de tu Dios y tu Señor por la descompuesta rudeza del siervo, los regalos de tu Dueño por los desabrimientos del criado, el brillo y la hermosura de sus galas por la obscura fealdad de las cadenas del esclavo. Tú cambias, finalmente, la mano que te sostiene por la mano que te pide, los ósculos de Jesús por las lágrimas de los hombres, y la palabra omnipotente que á tus ruegos convierte el agua en vino y da voz á los mudos, vista á los ciegos y rápida vida á los muertos por los ruegos del moribundo, la súplica del cautivo y los gritos de los desesperados. Y en este cambio padece angustia tu corazón; porque para ser Madre de los hombres que reviven á la vida de la gracia, se desgarraron tus entrañas maternales. Somos, pues, hijos de María por el dolor, porque según la expresión de San Lorenzo Justiniano: *In corpori Filius, in mente erat genitrix crucifixa.*